

**Magdalena Suárez Pomar. *Máxima Acuña. La voz de la tierra*. Lima: Ediciones Achawata, 2021, 185 pp.**

**César Coca Vargas**

The Graduate Center, City University of New York

cesar.achawata@gmail.com

ORCID: 0000-0002-9548-1497

En la historia de la humanidad, existen numerosos episodios de actualización temporal. Muchos de los conflictos sociales y económicos de nuestra época son, en realidad, problemas irresolutos de tiempos pasados. En el caso particular del Perú — aunque se lea como una propaganda de corte electorero—, aún carecemos de estructuras con elemental vocación por la justicia social y de instituciones que velen por un reparto equitativo de la riqueza nacional. El historiador más canónico de nuestro país (quizás por su propia apatía ideológica), Jorge Basadre, escribió un ensayo de evolución histórica que nombró “Perú, problema y posibilidad” para colocar en discusión la cuestión de la integración nacional. En efecto, Basadre establece su punto de mira en las diferentes culturas y etnias que pueblan el Perú con el propósito de afirmar un problema. La evidencia de este problema no fue, por supuesto, revelado por él. Desde los años iniciales de la república peruana, (seudo)intelectuales criollos habían decidido excluir y obviar ese problema; no obstante, recién a finales del siglo XIX e inicios del XX, la activa participación social de, precisamente, los estratos sociales relegados a la explotación económica, pudo pensarse desde el centro mismo de lo nacional.

Durante décadas el “problema” central del Perú fue, sin mucha duda, la propiedad de la tierra. El régimen de esclavitud al que fueron sometidas las comunidades campesinas y las poblaciones amazónicas generó una serie de maltratos y sometimientos que solo se hicieron visibles y denunciables gracias a la emergencia social de ellas mismas. Las discusiones indigenistas de los primeros años del siglo anterior tuvieron como tema nuclear la situación del indio (término con el que se acostumbraba nominar a las habitantes de los andes). En mayor o menor medida, los políticos y los escritores que se acercaron a ese fenómeno posibilitaron su repercusión en la escena nacional. Así, el surgimiento y el desarrollo de diversos proyectos de naturaleza variada demuestran que la condición económica de las mayorías peruanas fue el tema central de aquellos años. La síntesis de todas esas discusiones fue la propiedad de la tierra y la evidencia de una necesaria reforma agraria.

Con el preámbulo previo, he decidido situar en el escenario protagónico a la tierra. Aunque —en los tiempos modernos— dentro de su significación haya persistido la idea de que la tierra es un medio productivo y, por ende, de sostenibilidad meramente económica, las poblaciones originarias y de larga data del Perú jamás perdieron su estrecha vinculación espiritual. En términos de la antropología andina, el carácter mítico, mágico y ritual de los elementos que integran la naturaleza fue la cuota semántica para definir esa vinculación en los Andes y la Amazonía. El profundo respeto por la tierra de las diversas comunidades peruanas se vio corrompido por las numerosas manifestaciones de la modernidad: las carreteras, el comercio, las hidroeléctricas, etc. Todas ellas, en principio, adecuadas para la integración terminan por constreñirse como perniciosas cuando conducen a la corrupción y a la contaminación.

En diciembre de 2021, Magdalena Suárez Pomar concretó y, a la vez, reactualizó un género literario que parecía condenado ya al olvido: el testimonio. Durante meses de trabajo, ella esboza y lleva a cabo una serie de entrevistas a la señora Máxima

Acuña Atalaya con el propósito de solicitarle la autorización de “escribir su palabra”. Acuña, quien se había convertido en una figura visible durante los años 2011 y 2012 por su conflicto con la minera Yanacocha, es la protagonista del libro que a continuación comentaré, *Máxima Acuña. La voz de la tierra*. A grandes rasgos, el libro es el recorrido vital de la señora Máxima desde sus años de infancia en Amarcucho hasta su actual actividad de comercio ferial en Santa Rosa (Cajamarca). En este libro, además de hallar una expresa construcción discursiva de Acuña como imagen política y de intervención ecologista, es posible leer el lado más íntimo de su vida.

Los primeros tres apartados, “Mis primeros años en Amarcucho”, “La formación de mi familia” y “Mi vida en Tragadero Grande”, muestran el rostro humano de la protagonista. Es aquel rostro casi ignorado e invisibilizado por la prensa peruana durante los meses del conflicto medioambiental que recreó Máxima Acuña. En tanto testimonio, voz escrita de una sujeta no letrada, probablemente uno de los grandes méritos del libro sea el registro discursivo de los episodios personales de una mujer campesina contemporánea. Por esto mismo, el libro de Suárez Pomar es también la actualización de ciertas relaciones grandemente discutidas durante los años setenta: oralidad-escritura, intelectual-subalterno, etc.

Otro de los aspectos relevantes en el libro es la conjunción de tres voces que acompañaron a la señora Máxima durante los años de su lucha: Mirtha Vásquez, Marco Arana y Rocío Silva Santisteban. El hecho de que la autora haya podido amalgamar a tres figuras políticas (hoy probablemente en aceras diferentes) es evidencia de la significación que Acuña Atalaya adquiere en el testimonio. Vásquez, Arana y Silva Santisteban apuntan a la catadura combativa de la señora Máxima y subrayan la importancia que ella le asigna a la tierra y al agua para el sostenimiento no solo de su vida, sino del medioambiente. El carácter metonímico y paradigmático de la particular situación de Máxima Acuña permite comprender varios de los conflictos sociales

que nuestro país no puede resolver. Pero además refrenda, una vez más, las perniciosas estructuras de dominación económica que perpetúan el sistema neoliberal, donde la indiscriminada extracción y violación de la naturaleza es la permanente devoción. Quizás deseándolo, Suárez y Acuña se unen en este libro para narrar la historia contemporánea de un campesinado hoy agobiado por la contaminación ambiental, lo que resulta una actualización temporal más.

En su prólogo, Magdalena Suárez utiliza la frase “Una cosa es contarlo y otra vivirlo”, para subrayar las relaciones de dominación y subordinación que solemos encontrar en las diversas esferas sociales, incluso en las manifestaciones culturales. En buena cuenta, el testimonio de la señora Máxima Acuña es definido como una suerte de curación que puede ser entendida como contrapuesta a los agobios vividos durante los meses cuando ella y sus hijos fueron maltratados e injuriados por la empresa Yanacocha. La oposición entre “una cosa es contarlo/narrarlo/hablarlo” y “otra cosa es vivirlo, sufrirlo, sentirlo”, resaltada por Suárez, es muestra contundente de que el testimonio de la señora Máxima es sumamente dolido. Asimismo, resulta interesante reconocer que, para ella, la literatura o la palabra escrita ocupa casi un nulo lugar en su vida. La oralidad y el día a día de su lucha está materializada en la cotidianidad y no necesariamente en la trascendencia de su testimonio. Por ello, considero que esta es una de las grandes lecciones que nos deja el libro en tanto una descripción absolutamente humilde pero potente de la figura de Máxima Acuña.

La riqueza espiritual de Máxima se corporeiza, en el libro, a partir de la naturalidad con que cuenta cada uno de los pasajes de su vida. Quedan muchas cosas a partir de una lectura atenta de su testimonio y, por supuesto, queda la extraordinaria capacidad de Acuña para la narración. Suárez Pomar decidió segmentar cronológicamente su testimonio y, desde temas detonantes, se observa la activa participación de la señora Máxima. El apartado sobre sus enfrentamientos contra Conga es, en

contenido político, el más intenso si nos referimos a la recreación de Acuña como figura de activismo social (aunque probablemente ella como centro, pero sin buscar ese rol). En este episodio, el testimonio nos brinda una serie de acontecimientos y de nombres vinculados con la política institucional del país. Saltan a la vista, naturalmente, los izquierdistas.

En la narración del testimonio, sin embargo, resta la deuda de saber mucho más sobre los años posteriores al conflicto con Yanacocha de la señora Máxima. Parece como si Suárez Pomar se hubiera quedado sin aliento para destacar aspectos que —aunque a ojos mediáticos— carecerían de atracción e interés. Otra de las deudas pendientes es, desde mi punto de vista, la falta del testimonio por acercarnos a ideas más desarrolladas de Máxima Acuña. Me refiero a que en el libro no encontramos con relevancia su pensamiento acerca de los momentos que la marcaron como una luchadora medioambiental. Resulta ser, en cambio, la narración de los acontecimientos, casi desde una perspectiva enunciativa y no desiderativa o connotativa.

Finalmente, el libro cuenta con una selección fotográfica amplia donde se pueden observar algunas de las escenas que marcaron los años más activos de la señora Máxima. Por ejemplo, su reconocimiento internacional o las marchas por el agua en las que ella participó. Sin lugar a duda, la inclusión de todas esas fotografías es un fertilizante potente para otorgarle significación trascendental al libro. Magdalena Suárez Pomar, con *Máxima Acuña. La voz de la tierra*, fija en perpetuidad el nombre de la señora Máxima para colocarla en un lugar protagónico en la literatura nacional. El testimonio, como género literario e histórico, adquiere valor conforme va avanzando el tiempo. En tal sentido, Suárez Pomar entiende ese dogma de la palabra escrita. Gracias a Máxima Acuña, quien estuvo en el ojo de la tormenta, hoy tenemos un libro extraordinario que sintetiza muchos de los problemas trascendentales de nuestro tiempo.